# Un acontecimiento inesperado

Lucas Villagra Ordozgoiti

# Capítulo 1

En serio queréis saber cómo perdí mi oreja, entonces será mejor que me invitéis a una gran jarra de cerveza o mejor dos, pues es una gran historia. Los acontecimientos sucedieron hace décadas, aunque todavía lo recuerdo como si fuera ayer. Debía ser el año de Nuestro Señor de 1585, por aquel entonces era un hombre joven que luchaba en los tercios como piquero.

Como sabréis nuestro gran imperio donde no se ponía el sol estaba muy fragmentado por territorios aislados a lo largo de todo el globo, motivo por el cual las sublevaciones eran algo tan habitual como las enfermedades o el dolor de cabeza después de una noche de vino y mujeres. Uno de esos territorios eran los Países Bajos, llamados así por estar bajo el nivel del mar. Recordar bien este dato pues más adelante será de gran importancia.

Al saberse de la noticia en Madrid inmediatamente nos mandaron a poner orden. En total debimos de ser entre piqueros, mosqueteros y arcabuceros unos 5000 hombres más o menos y al mando teníamos a Juan del Águila y Francisco de Bobadilla, ambos veteranos y grandes conocedores del arte de la guerra.

El viaje hasta nuestro destino lo hicimos a pie atravesando las tierras de los franceses. El viaje no fue un camino de rosas, a los lugareños no les gustaba nuestra presencia y tuvimos algún que otro enfrentamiento armado. Siempre salíamos victoriosos y dejábamos claro quiénes éramos, en uno de ellos conocí a Joaquín Peralta, un formidable espadachín cuya habilidad solo se veía ensombrecida por su capacidad de hablar, el hombre era capaz de hablar hasta dormido. Era natural de Sevilla, lugar en el que esperaba morir. En seguida nos hicimos inseparables y le prometí que si no salía de esa yo mismo enterraría sus restos en su ciudad natal.

Tras meses de intensas marchas a finales de septiembre llegamos a la frontera de los Países Bajos, antes de continuar nuestro general Juan de Águila ordenó hacer un alto y reunir a todo el ejército antes de entablar combata directo con el enemigo.  Pretendía concienciarnos de los peligros a los que nos enfrentaríamos.

- Hombres, gracias a nuestras innumerables victorias – empezó diciendo nuestro general -, el nombre de los Tercios españoles se pronuncia con miedo y respeto en toda Europa, pero no os confiéis. Mañana entraremos en territorio enemigo y los holandeses son unos adversarios a tener muy en cuenta. Su líder Felipe de Hoga.. Jolen.. - cómo era. Bueno dejémoslo solo en Felipe – era un cabrón muy astuto,  ha ganado muchas batallas y

conoce el país como nadie.

Lejos de infundir el efecto que pretendía, sus hombres empezaron a murmurar entre ellos incluso se pudo escuchar algunas risas provenientes de un grupo. Obviamente esto no sentó bien a nuestro general que ordenó que diera la cara aquel que había provocado tales risas. Ese hombre no era otro que Joaquin Peralta.

- ¿Os parece divertido lo que estaba contando?

- Un poco la verdad. La muerte hace tiene que me la tomo a risa.

Sí, yo también pensé que estaba loco en ese momento y a veces lo sigo pensando.

- ¿Y puedo saber a qué se debe? – le pregunto nuestro general frotándose la mejilla.

- Con el debido respeto, señor. Soy un tercio español – se volteó y en lugar de mirar a su general miro a sus compañeros-. La muerte me acompaña todos los momentos de mi vida. Cada día que me levanto no sé si será el último. Desayuno, como y ceno con compañeros que están en las últimas. No hay un solo domingo al año que no acuda a una misa a orar por el alma de un compañero caído. Si la muerte me va a estar tan cerca al menos echare unas risas con ella, ¿qué menos?

No pudimos evitar aplaudir sus palabras de valor o de temeridad. Sin embargo, nuestro general le miraba impasible sin mover un solo músculo.

- Vaya eres valiente soldado ¿Cuál es tu nombre?

- Joaquín Peralta de Sevilla.

- No olvidaré ese nombre. Espero que seas tan valiente cuando estés rodeado por el enemigo.

- Mientras se le puedo matar no creo que tenga ningún problema.

Su respuesta fue seguida por las risas y el aplauso de sus compañeros, hasta Juan soltó una carcajada en aquella ocasión. Sin duda las palabras de Peralta levantaron el ánimo del ejercito ese día.

La campaña empezó bien. Una vez tuvimos contacto con los holandeses, el ejército tuvo una serie de fáciles victorias. Casi no hubo bajas en nuestro bando, creímos que pronto acabaría pero estábamos yendo a una trampa cuidadosamente planeado por Felipe, ese zorro astuto.

Como ya os he dicho los Países Bajos se llaman así porque se sitúan bajo el nivel del mar. Los holandeses aprovecharon a que estuviéramos lo más cerca de sus diques para reventarlos. El agua empezó a inundar campos a una velocidad asombrosa parecía el Diluvio Universal. Lo que eran aldeas y hermosos campos habían desaparecido por las frías aguas. Solo Dios sabe la cantidad de vidas que costo esa acción.

Nosotros en una muestra más de nuestro valor y destreza pudimos encontrar refugio en un pequeño montículo, Empel. Pero eso de poco sirvió prácticamente pudimos alcanzarlo con lo puesto, las provisiones eran escasas, apenas pudimos salvar piezas de artillería y teníamos escasez de mantas en pleno invierno. La situación era crítica y para empeorar las cosas a la mañana siguiente, 5 de diciembre de 1585, vimos como por el horizonte se aproximaba  más de un centenar de barcos holandeses comandados por el mismísimo Felipe.

Al verlos llegar  nos preparamos para morir como soldados, pero querían evitar más derramamiento de sangre en su tierra. Un acto que les honra. Mandaron un pequeño bote con un emisario para ofrecernos sus condiciones para que nos rindiéramos.  Las condiciones eran más que aceptables teniendo en cuenta nuestra difícil situación pero éramos tercios y solo había una respuesta posible.

-  "Los infantes españoles prefieren la muerte a la deshonra. Ya hablaremos de capitulación después de muertos" – fue la respuesta que obtuvieron.

Aun así el enemigo creía que nos echaríamos para atrás y nos dieron dos días para que rectificáramos. Pobres ilusos.

Aunque creyéramos que nuestro final era inevitable, íbamos a vender cara nuestra piel y mostrar. Esos días antes de la batalla hizo un frío que calaba hasta los huesos, de hecho encontramos muchas ratas congeladas. Aquella fue la causa por la que perdí mi oreja. Pero el frío no iba a impedir ni de lejos que vendiéramos cara nuestra piel. Nuestros jefes mandaron construir barricadas, mientras ellos estaban calentitos en la tienda planeando la defensa.

Joaquín y yo estuvimos entre los seleccionados para tan duro trabajo a causa de nuestras faltas disciplinarias en la batalla. Pues en más de una ocasión en medio del combate rompimos la formación para atacar solos al enemigo. Una práctica bastante común en los tercios. Esto se debe a que nosotros podemos elegir a los oficial y jefes de compañía entre los más valientes y capacitados de entre nosotros.

Siguiendo con la historia, era 7 de diciembre, el sol se ocultaba poco a poco por el horizonte. El frío estaba haciendo mella en nuestros hombres. Estaba cavando pensando que moriría allí por el frio antes de entablar

combate por última vez. Cuando de pronto sucedió algo que cambió todo. Al clavar mi pala en la tierra noté algo duro. No entendía que podía ser. Mi compañero y yo empezamos a desenterrarlo. Allí estaba, incluso a día de hoy me cuesta creerlo. Era nada menos que una tabla de la Inmaculada Concepción. Estaba en perfecto estado. Todos los que contemplamos aquello en seguida nos arrodillamos mostrando nuestros respetos. No había duda estábamos presenciando un milagro.

En seguida lo llevamos en presencia de nuestros generales. Al verla dejaron lo que estaban haciendo y mostraron el debido respeto. Ordenaron dejar de cavar las barricadas y hacer una misa especial, nuestra última misa, o eso pensábamos.

Arrodillados rezando  ante esa divina imagen muchos de nosotros empezamos a notar que nuestras fuerzas se renovaban. Personalmente fui testigo de ello, pues ya no me invadía el frío sino una sensación de orgullo, pensando que La Virgen estaba velando por nosotros. Motivo más que suficiente para morir con una sonrisa en el rostro. Pero eso no fue lo único que paso.

Al llegar la noche nos dimos cuenta que las aguas que rodeaban Empel estaban heladas. No con una fina capa de hielo que se rompe al lanzar una piedra sino que el hielo era resistente.  Algunos incluso camino por él con la armadura puesta y no daba señales de  romperse. Corrimos a contárselo a Juan para planear el ataque.

En silencio formamos a orillas del lago, sin armaduras, picas  ni armas de pólvora, solo espada en mano y rodelera. El plan era sencillo nos dividiríamos en grupos pequeños de unos dos cientos hombres. Avanzaríamos en silencio, sin encender ni una sola antorcha hasta llegar a los barcos trabados en el hielo. Una vez llegarnos pasaríamos a la tripulación a cuchillo e iríamos al siguiente así hasta acabar con todos.

Después de santiguarme, estaba listo. El jefe de mi grupo nos dio la orden. Avanzamos lentamente y silencia por el hielo. Sin preguntas, sin ruidos, solo el sonido de la respiración de nuestros compañeros no indica que no nos habíamos desviado del camino. Delante de nosotros se alzaba la gran flota de Felipe.  Las luces los barcos nos indicaban su posición.

Éramos como lobos acechando a su presa. No eran conscientes que estaban atrapados en el hielo. Cuando alcanzamos el primero, subimos cuidadosamente por su costado. La cubierta estaba casi vacía, apenas un par de guardias que acabamos sin hacer ruido, el resto se encontraba tranquilamente en la bodega, calentitos. Al abrir las puertas, debieron pensar que se abrían las puertas del infierno. Cargamos sin miramientos, uno a uno cayeron ante nuestras espadas no perdonamos a nadie.

No hubo festejos, aun quedaba mucho por hacer. Al subir a cubierta nuestro jefe nos selecciono el siguiente barco. El plan era repetir la mismo pero cuando despejamos la cubierta se pudo escuchar con claridad las campanas de otro barco, acababan de dar la alarma. Pero eso no les salvaría, eran ratas atrapadas. Formamos en cubierta esperando a recibir a esos holandeses. Lucharon con valor lo admito, pero no sirvió de nada al final todos yacieron muertos a nuestros pies, sin sufrir aún la primera baja.

Tras eso apenas pusieron resistencia.

Con los primeros rayos los holandeses arrojaron sus armas ofreciéndonos su rendición. En nombre de la Virgen fuimos misericordiosos. Ofrecimos una rendición honorable, les permitimos regresar a casa después de que jurasen lealtad al Rey a la Corona, pero capturamos todos los barcos. Algunos los quemamos para poder entrar en calor, el resto los usamos para volver a casa.

Tras la victoria a muchos de mis camaradas les tuvieron que amputar alguna extremidad, pero no se derramó lágrima alguna pues la Virgen estaba en nuestros corazones. Volvimos a casa victoriosos con el orgullo de haber servido a Dios y a España.

Espero que os haya gustado esta historia. Si queréis que os cuente otra de mis aventuras como la batalla de Cagayan os costará otra jarra de cerveza y algo de comer no estaría mal.

# Capítulo 2

Como siempre deciros que espero que os haya gustado mi relato y hayáis disfrutado mucho con él. Ahora me gustaría comentar un poco sobre la historia que creo que es interesante.

Lo primero aunque la historia parezco muy fatasiosa, por la de la tabla, la halada de esa noche, todo es cierto. Al menos lo escrito en el papel. Da igual el sitio que consulteis, si pones la batalla o el milagro de Empel, os aparecerá eso.

Respecto a las fuerzas de combate suelen oscilar un poco entre los 4000 y 5000 hombres.

Comentar de los tercios, aunque aquí pareciera que me he inventado, también es cierto lo que he puesto. Eran soldados muy valientas que preferian la muerte a la rendición, motivo por que toda Europa les respetaba y les temía. Como curiosidad, a diferencia que el resto de ejercitos ellos solo pedan la paga despues de la pelea, que es cuando creían que se la habían ganado. Al igual que el resto de España eran muy devotos de Dios y la Virgen.

Sobre su armamento; se debió en parte a las reformas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, el Gran Capitán. Gracias a él fue un ejército especializado en el uso de la pólvora, además de ser muy buenos con la pica y la espada. De hecho su habilidad con la espada era conocida en todo el mundo.